

fuera necesarios á vos que, colmada de los dones de la divina gracia, podéis traer á buen camino á los que se extravían, consolar á los que desfallen, y alentar á los tibios, como ya lo haciais no siendo mas que Priora á una Abadesa subordinada. Si hoy teneis, pues, la misma solicitud por vuestras hijas, con que entonces atendisteis á vuestras hermanas, parécenos que es bastante, y serian superfluos nuestros discursos como nuestros consejos. Mas si de otro modo lo juzgais en vuestra humildad, y en las cosas de Dios creéis que pueden seros útiles nuestras advertencias, decidnos lo que deseais y os responderemos lo que Dios nos inspire. » Escrito eso, prosigue Abelardo encomendándose á las oraciones de las Religiosas, cuya eficacia prueba con textos de la Escritura; y concluye, despues de hablar, segun su costumbre, de los males que padece y de los riesgos con que el odio de sus enemigos le amenaza, con estas palabras :

« Si Dios me pone en sus manos (las de los enemigos) y me dan muerte, ó si de cualquier otro modo muero lejos de vos, encarecidamente os ruego que hagais trasportar nuestro cadáver, ya inhumado ya insepulto en cualquier otro punto, á vuestro cementerio, á fin de que mis hijas, ó mas bien mis hermanas en Cristo, teniendo siempre á la vista mi tumba, sean por su presencia de continuo movidas á prodigar los ruegos y oraciones á Dios por mi eterno descanso. Porque para un alma doliente y al arrepentimiento consagrada, no hay morada aquí abajo tan saludable como un lugar dedicado al *Paracleto*, es decir, al *Consolador*, y que tan bien merece tal nombre. Y para una sepultura cristiana no es posible elegir sitio mas á propósito que un monasterio de mugeres consagradas á Cristo. Mugeres fueron las que, con piadosa solicitud, prepararon el enterramiento del Ungido, perfumaron y embalsamaron su cadáver, velaron en llanto anegadas en torno del sepulcro.... Os ruego, pues, sobre todo que, así como ahora excitan vuestra solicitud los peligros que corre mi cuerpo, atendais entonces particularmente á la salvacion de mi alma; y que, amándome en la muerte tanto como en vida, me otorgueis el especial sufragio de vuestras oraciones. »

Tal carta pudo tener por objeto consolar á Heloisa; mas su conclusion no podia menos de producir el efecto contrario, envenenando como envenenó su dolor, en efecto. La desolada esposa, viéndose así amenazada

de próxima viudez, prorumpe naturalmente en nuevas y mas amargas quejas que nunca; y la pasion, durante quinze años violentamente en su pecho comprimida, estalla al fin rompiendo todos los diques, y revelando al mundo el deplorable verdadero estado de su alma. Duélese primero de que Abelardo la trató como á extraña y aun superior, comenzando por su nombre (el de ella) el membrete ó direccion de la carta que acaba de ocuparnos; y acúsale, con razon, en seguida de complacerse en abrumarla, no solamente con el relato de los males que le afligen, sino con la prediccion de una desgracia, cuya sola idea le parece ya insoponible. — « Acreceis nuestra desolacion, en vez de consolarnos, y provocais el llanto que enjugar debiérais. ¿ Quién de nosotras puede sin lágrimas oiros hablar de vuestro próximo fin? ¡ Oh amadísimo! ¿ cómo osais pensar y decir tal cosa? ¡ Dios no olvidará á sus humildes siervas hasta el punto de permitir que os sobrevivan! ¡ Dios no querrá condenarnos á una vida que nos seria infinitamente mas dura que cualquier género de muerte! Pedís para vuestras cenizas el sufragio de nuestras oraciones... ¿ Pudiérais suponer que seamos capaces de olvidaros jamás? »

« ¡ Ay de mi, triste! ¡ Ay de mi, mas bien! ¿ Qué tiempo le daríamos á la oracion cuando el estupor nos privara entonces de todo dominio sobre nosotras mismas, á nuestro espíritu de juicio, á nuestra boca de palabra? ¿ cuando nuestra alma por el dolor enloquecida, y rebelde en vez de sumisa, mas bien irritaria al Señor con sus quejas, que pudiera con sus oraciones aplacerle? »

Laméntase además Heloisa de la catástrofe que arrojó á Abelardo en el cláustro, y del aislamiento en que ella se encontró en consecuencia. « Desgraciada entre todas las mas desgraciadas, yo soy la suma infelicidad de las mugeres! Cuanta mayor superioridad sobre todas ellas debí á vuestro amor, tanto mas profunda ha sido mi ruina en el inmenso desastre que nos alcanzó á entrambos. Por la grandeza de la elevacion, se mide la de la caida. »

Finalmente, despues de recordar lo pasado con un calor en la reminiscencia, con una viveza en las imágenes, mas que suficientes para conmover á Abelardo, acúsase Heloisa de ser mas religiosa en el hábito que de razon, y de inspirar á los que la frecuentan una estimacion y confianza,

de que en realidad no se cree digna. « ¿No soy, vuelvo otra vez á preguntároslo ; no soy , en efecto, la mas desdichada de las criaturas si, despues de padecer tanto en la tierra, no tengo que esperar recompensa alguna en el cielo ? Largo tiempo os ha engañado, como á todos, mi disimulacion, y habeis creido que era piedad mi hipocresía : por eso, recomendándoos á mis oraciones, me pedís precisamente lo que yo de vos espero. No tengais, pues, tan buena opinion de mí ; y no dejéis de auxiliarme con vuestras oraciones. »

Por la edad y el infortunio ya calmado, y protegido además por su indole razonadora, si no contra los extravíos sensuales, si al menos contra la accion del sentimentalismo, Abelardo contestó á Heloisa con cierta frialdad, procurando sin embargo atenuar con el bálsamo del consuelo el ardor de las profundas llagas de aquella alma enamorada. Nuevos disgustos personales vinieron, por otra parte, á ocuparle activamente. Pasando ya de los cincuenta y siete años, abrió de nuevo su cátedra en la Montaña de Santa Genoveva : como siempre eclipsó entonces á sus rivales, tanto por las brillantes cualidades de su ingenio, como por la afluencia de oyentes ; y á mayor abundamiento dió á luz por entonces algunos escritos cuya doctrina fué calificada, cuando menos, de temeraria por los hombres mas notables de la época, y singularmente por San Bernardo en quien se juntaban la ciencia de un doctor y la elocuencia de un tribuno. De ahí que, prescribiéndosele explicar las mas aventuradas de sus últimas proposiciones, fuese al efecto citado ante el Concilio para Sens convocado : mas no osando medirse, á pesar de las audaces sutilezas de su dialéctica con el genio positivo de San Bernardo, rehusó el esposo de Heloisa responder categóricamente á preguntas categóricas, y salió de la asamblea declarando que apelaba de sus resoluciones para ante el Papa. No obstante, el Concilio de Sens condenó los errores de Abelardo, y en su nombre escribió á Roma el santo Abad de Clairvaux impetrando del Pontifice la confirmacion de la sentencia. Oforgóla, en efecto, el Padre Santo, con tanta presteza que el fulminado estaba todavía en Lyon de tránsito para la metrópoli del Orbe Católico, cuando llegó á sus oídos, y llenó de consternacion su espíritu, aquella nueva tan funesta como inesperada. Atónito, como el hombre á quien el rayo hiere sin extinguir en

él la vida, Abelardo no sabiendo qué hacer ni á qué determinarse, corrió á pedir amparo en tanta desdicha, á un antiguo amigo, al Abad de Cluny, Pedro el Venerable, quien no sólo le dió por el momento asilo, sino que á su lado le retuvo, y en su favor escribió al Papa Inocencio II la siguiente carta :

« El ilustre doctor Pedro Abelardo, á quien presumo que V. S. conoce bien, ha llegado poco hace á Cluny, procedente de Francia. Preguntéle á dónde iba, y respondiome que, odiosamente perseguido por hombres que le acusan de heregia, apelaba de ellos á la Sede Apostólica, á cuya sombra se proponia guarecerse. Alabéle el pensamiento instándole á que sin demora lo realice, en la seguridad de encontrar en el alto comun tribunal á que acude, no solamente la justicia que nunca dejó de hacer ni al mas humilde de los extraños ó de los peregrinos, sino tambien la indulgencia de la misericordia, dado el caso de necesitarla.

» Durante la permanencia de mi huésped en la Abadía, hala tambien visitado el Sr. Abad del Cister, y con él he conferenciado largamente sobre los medios de restablecer la paz entre Abelardo y el Abad de Clairvaux, causante de esta apelacion á la Santa Sede. En mi solicitud por conseguir la reconciliacion, he aconsejado á mi huésped que se abocara con su rival, y que si, en sus discursos ó en sus escritos se le ha escapado alguna proposicion poco ortodoxa, no vacilara en retractarla, ya por instigacion de Fr. Bernardo mismo, ya por acuerdo de otros prudentes varones. Hase hecho como lo propuse : Abelardo se ha visto con su adversario, é informádome de que, merced á la intervencion del Abad Cisterciense, la disension cesó, y la paz está firmada.

» Por mi consejo, además, ó mas bien por inspiracion del Altísimo, Abelardo diciéndoles adios á los afanes del estudio, y á las luchas escolásticas, ha escogido esta vuestra casa de Cluny, por su postrero perpetuo asilo.

» Ahora, persuadido yo de que, realmente, este es el asilo que conviene á su edad, á sus achaques, y á su piedad ; y tambien de que su ciencia, que no os es desconocida, puede ser útil á la gran muchedumbre de nuestros religiosos, he accedido á sus deseos, en el supuesto de que vuestra bondad no lo contradiga, consentido gozoso en que se quede entre nosotros, que

en todo somos vuestros. Ruégoos, pues, en mi pequeñez, como vuestro fiel Monasterio de Cluny y Abelardo mismo os lo suplican, tanto por medio de nuestros mensajeros, como por el de estas letras que ellos han de entregaros, que le autorizéis á pasar en Cluny los últimos dias, bien pocos quizá, de su vejez y de su vida, y que os plazca prohibir que nadie ose ni intentar arrojarle fuera del amparo de nuestro techo, donde se regocija de haber encontrado un nido seguro como solitario jilguero, ó atemorizada tórtola. — Tomadle, Padre Santo, bajo el amparo y custodia de vuestra proteccion apostólica, escuchando la voz de vuestros sentimientos benévolos para todos los hombres virtuosos, y tambien los recuerdos del amor con que un tiempo le honrásteis. »

La reconciliacion se consumó sin nuevas dificultades : San Bernardo, cuyo aguijon era como el de la abeja, inocente, depuso todo rencor contra Abelardo desde el instante mismo en que este le tranquilizó en cuanto á su ortodoxia; y el Papa por su parte condescendió en el acto á cuanto en favor de su huésped le pedia Pedro el Venerable. Pasó pues Abelardo los cinco años últimos de su vida en el monasterio de Cluny, en una paz tan profunda, cuanto agitado fuera hasta entonces el curso de su desdichada existencia. El tiempo que sus deberes le dejaban libre repartíalo entre la oracion, el estudio, y las conferencias que de orden del Abad tenia con los religiosos : mas no alcanzando el sosiego presente á neutralizar los efectos de las pasadas tempestades, y decayendo su salud visiblemente, mandáronle á respirar mas puros aires al Priorato de San Marcelo en Chalon-sur-Saone. Allí al principio pareció mejorarse notablemente : pero á poco graduándose rápidamente la enfermedad, espiró al cabo el dia 21 de Abril de 1142 á los sesenta y tres de su edad. Inhumáronle los religiosos en su iglesia, grabando su elogio en la losa bajo que descansaban sus restos mortales; y todavía en las ruinas de Cluny, se enseña hoy al viagero, al fin de una desierta alameda, cierto árbol secular, un tilo, á cuya sombra acostumbraba Abelardo acogerse para meditar, comparando quizá melancólicamente su tempestuosa pasada vida, con el tranquilo aspecto del valle asiento del monasterio, con la paz de sus profundos bosques, y con lo apacible de sus verdes prados que un rio bienhechor regaba.

Hondamente afligida por la pérdida de su amado, Heloisa, sin embargo, no dejó por eso de cumplir entonces con sus deberes; antes por el contrario, ansiosa de cumplir á un tiempo la voluntad postrera del llorado esposo, y de honrar su memoria, solicitó simultáneamente del Abad de Cluny, la traslacion del cadáver de Abelardo al Paracleto, y la absolucion de su esposo. A entrambas peticiones accedió misericordioso Pedro el Venerable, sustrayendo nocturnamente los restos del difunto á los Religiosos de San Marcelo, y enviando juntamente con ellos al Paracleto, su carta ó Cédula de absolucion : mas no contento aun con tal complacencia, llevóla á punto de consolar directamente á la triste viuda, como lo hizo, contestando á una carta de Heloisa que no ha llegado á nuestros dias, en los siguientes caritativos y tiernos términos :

« A mi venerable y muy amada hermana en Cristo la Abadesa Heloisa : Pedro, humilde Abad de Cluny, salud.

» Al recibir vuestras preciadas-letras, las que últimamente me enviásteis, regocijéme, y besélas por amor á la mano que las habia trazado. Quisiera deciros luego los sentimientos de mi corazon : pero me lo ha estorbado la urgencia de negocios que con frecuencia, ó mas bien casi siempre, me dominan. Al cabo he podido robarles un dia á esos afanes, y conságrolo á realizar mi deseo.

» Pláceme agradecer, con palabras al menos, el afecto que me mostrais en vuestra carta, y de que ya me habiais con presentes dado señales; y esme grato deciros el lugar que en mi corazon os da la caridad cristiana. Y no es de hoy este afecto : acuérdomme de que os amo hace mucho tiempo. Todavía no pisaba yo los límites de la virilidad saliendo de la adolescencia; todavía era un niño, cuando llegó hasta mi la fama, no de vuestra piedad, sino de vuestras inclinaciones estudiosas y distinguidas. Referíase que una muger de las que en la ordinaria senda de la vida caminan, cultivaba, contra la costumbre de su sexo, la filosofía, las ciencias y las artes, sin que para apartarla de tan noble propósito bastaran los placeres, seducciones, y frivolidades del siglo. Cuando el universo yace indolente en la mas vil y deplorable ignorancia; cuando no encuentra la ciencia dónde asentar la planta, no solo entre las mugeres que la rechazan, sino en las asambleas mismas de los hombres, vos habeis sobrepujado en

amor á los estudios profundos, á todas las mugeres, y á la mayor parte de los hombres de nuestra época. Pronto, para servirme de las palabras del Apóstol, pronto el que en el seno mismo de vuestra madre os habia elegido para suya, os llamó por su gracia á mas alto destino : trocásteis la ciencia por el cielo, á Platon por Cristo, y la Academia por el claústro. »

Aquí sigue un elogio de las mugeres célebres así en la historia santa como en la profana, después de lo cual añade Pedro el Venerable :

« Grato me fuera, hermana mia, prolongar con vos este discurso, porque admiro vuestra sabiduría notoria, y amo sobretodo vuestra piedad que tantas bocas me alaban. ¡ Pluguiera á Dios que Cluny os poseyera ! ¡ Pluguíerale que estuviérais encerrada en la dulce cautividad de Marcigny con las otras siervas de Cristo que allí aspiran á la celeste libertad ! — Pero si la Providencia, que ordena todos los acontecimientos, nos ha rehusado esa gracia, ofreciéonos compensacion al menos en el que fué vuestro ; en aquel, digo, cuyo nombre hay que pronunciar frecuentemente y en su honra ; en aquel Abelardo, verdadero servidor y filósofo de Cristo, á quien el cielo mandó á terminar sus dias en Cluny, y que ha cubierto de gloria el monasterio. En pocas palabras pudiera decirse cuán santa, humilde y piadosa fué su vida. Yo no recuerdo haber conocido quien se le igualara en humildad y amor de la pobreza. Dile entre los religiosos un puesto eminente ; mas él se esforzaba en aparecer como el último de ellos, por la sencillez de su trage ; y otro tanto hacia con respecto á los alimentos y al cuidado de su cuerpo, no limitándose á la exclusion de lo superfluo, sino extendiéndola á todo lo que no es absolutamente indispensable para la conservacion de la vida, y reprobando el resto mas con el ejemplo todavía que con la palabra.

« Leía de continuo, oraba con frecuencia, y no hablaba nunca mas que para las lecciones y conferencias de la comunidad... ¿ Qué mas he de decir ? Su espíritu, su voz, su estudio, meditaban, enseñaban, proclamaban las verdades literarias, filosóficas, divinas. Así, sencillo, recto, temeroso de Dios y del mal huyendo, le consagraba al Señor los últimos dias de su laboriosa vida. Cuando la enfermedad le asaltó, y agravándose le hizo sentir que se acercaba su última hora, ¡ con qué religion, con qué fervor, con qué exactitud, hizo primero su profesion de fe, y luego la confesion

de sus culpas ! ¡ con cuán ardiente aspiracion recibió el viático de la peregrinacion postrera, prenda á un tiempo de la vida eterna ! ¡ Con qué confianza en Dios recomendó él mismo su cuerpo y su alma al Redentor ! Todos los religiosos de San Marcelo pueden decirlo. Así murió aquel maestro, célebre en el mundo entero por el brillo de su saber y de su elocuencia ; así, humilde y dulce, volvió al seno de *Aquel* que á sí propio se ha llamado humilde y dulce de corazon.

« En cuanto á vos, mi muy cara y venerada hermana en Dios, que con él estuviésteis enlazada primero por vínculos carnales y luego por el de la caridad, que es mas fuerte porque es mejor que aquellos ; en cuanto á vos, que con él y bajo su direccion habeis largo tiempo servido á Dios, pensad que Dios le guarda en su seno, para devolvérselo cuando llegado el supremo dia resuene la pavorosa trompeta del Arcángel. Acordaos de él en el Señor, y acordaos tambien de mí. »

Veinte años después depositaron las Religiosas del *Paraclito* los restos de Heloisa al lado de los de Abelardo, y escribieron en el registro conventual estas sencillas palabras : « Año de 1162 á 16 de Mayo : Nuestra primera Madre en la Religion, la Abadesa Heloisa, ilustre por su piedad » y por su ciencia, ha pasado al Señor por efecto de una muerte que su vida nos permite llamar dichosa. »

Durante cinco siglos permanecieron tranquilamente en sus tumbas las cenizas de ambos esposos, hasta que, vendido como propiedad nacional el *Paraclito* en 1792, comprólas la villa inmediata de Nogent-sur-Seine, de cuyo poder pasaron luego al Museo del Louvre, y su sala de Monumentos franceses, para terminar en fin su peregrinacion en el cementerio del Padre Lachaise, donde hoy figuran, y se ven por desconocidas, pero sin duda enamoradas manos, constantemente de flores coronadas.

G. DUFAYL.